



# Quepo Quito




Ana Barrios Camponovo  
Ilustraciones de la autora

loqueleo

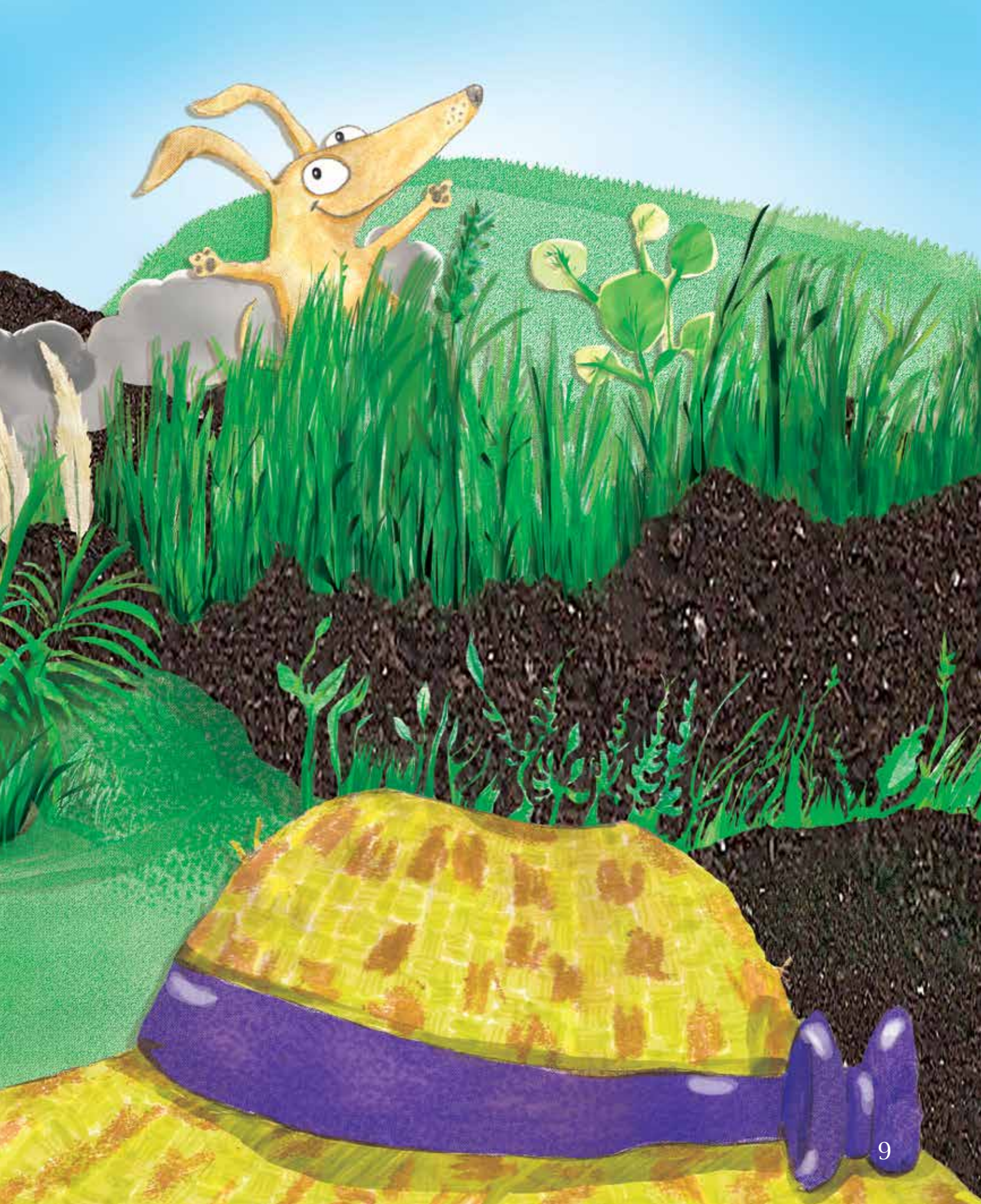
En una huerta de tierra negra,  
cubierta de plantas verdes,  
vive un señor llamado Pablo.  
Es algo "antiguo" y ¡tan pelado!,  
que solo tiene tres pelos  
a los que peina con gran cuidado.  
Bajo la sombra de su sombrero,  
que lleva un lazo violeta,  
siembra semillas sin descansar.  
Riega tomates, recoge frutillas,  
y al atardecer,  
guarda una manzana sobre su cabeza.  
–¡Quepo Quito!... ¡Quepo Quito! –vocea al aire–.  
Desde el otro extremo de la huerta  
se escucha:  
–¡Ya voy don Pablo!, ¡Ya voy!







Entre las hierbas algo se mueve.  
Es tan pequeño que no se ve.  
Las orejas son como alas.  
Sube el hocico para olfatear,  
y un rabo amarillo curvo  
agita el pasto sin parar.  
¡Es un perro...! Sí, claro, es Quepo Quito;  
el único perro del vecindario  
con nombre, Quepo, ¡y apellido!, Quito.



Cada mañana Quepo Quito prepara  
el café con leche y las tostadas.  
Pablo se peina los tres pelos,  
se pone su sombrero de paja  
con el brillante lazo violeta,  
y se va a la huerta.  
Mientras tanto,  
Quepo Quito hace sus tareas:  
Se cepilla los dientes.  
Arregla la cucha.  
Le da pan a las gallinas.  
Vigila el camino.  
Y, de tanto en tanto,  
sueña despierto.

¿Con qué puede soñar un perro?  
Con una roja y deliciosa,  
¿carne asada?  
Un perro sí, Quepo Quito, no.  
¿Sueña con un jugoso churrasco?...  
¡Qué esperanza!  
¿Con una grande y huesuda costilla?...  
¡No, no, no!  
Quepo Quito sueña con una manzana fresca y lustrosa.





¡Le encantan las manzanas!  
Le gustan más que los chicles  
y los alfajores, mucho más que los helados  
o las tortas de chocolate.  
Tanto le gustan, que sueña con viajar  
para conocer y saborear  
¡todas las manzanas del mundo!  
Pero, sin dinero, ¿es posible que se cumplan los sueños...?





El sol se despedía tiñendo el cielo de lila y anaranjado. Cansado de tanto trabajar en la huerta, Pablo cargaba con las herramientas. Desde muy lejos pudo ver que en su casa había algo extraño. Detuvo el paso y aguzó la vista intentando vislumbrar...  
–Si mis ojos no me engañan, diría que es un animal...  
¡Pero qué bicho más raro! ¡Nunca he visto nada igual!





De pronto, soltó las herramientas y salió corriendo. El sombrero voló por los aires y la manzana rodó entre los pastos. Al llegar a la casa sus sospechas se confirmaron. –¿¡Qué te pasó, Quepo Quito!?! –gritó espantado.